

El cura de la revolución*

-Camilo Torres, by Germán Guzmán, Sheed and Ward, 310 pp.

-Camilo Torres, his life and his message, edited by John Álvarez García; Templegate, 128 pp.

- Camilo Torres por el Padre Camilo Torres Restrepo (1956-1966) Sondeos No. 5. Centro Intercultural de Documentación

- Colombia-Camilo Torres un símbolo controvertido 1962-1967 Centro Intercultural de Documentación. Dossier No. 12.

POR JOHN WOMACK, JR.

HISTORIADOR, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD.

Históricamente, a Latinoamérica se la ha visto como un lugar lleno de conmoción. Enormes montañas, selvas exuberantes, pobreza y riqueza desbordante, la política envuelta en sangre; en suma, la visión de un continente apasionante. Esta imagen no sólo ha obsesionado a turistas y a artistas sino también a hombres de negocios, religiosos, gobernantes y revolucionarios. La Nueva Izquierda, aquí, en Europa y en Latinoamérica se ha volcado últimamente hacia este continente. Para ellos la muerte de Camilo Torres, el clérigo y sociólogo colombiano muerto en una acción revolucionaria en 1966, al igual que la muerte del Che en 1967, es un ejemplo excepcional de un mártir en la búsqueda del camino de la libertad.

Camilo Torres es un héroe especial, un auténtico intelectual que se sumó a la guerrilla.

Pero hay también una visión más oscura de Latinoamérica: la de un continente cruento, increíblemente diverso, denso y complicado, resistente al cambio, sufrido; la visión del continente deprimente. Desde esta perspectiva, Torres murió en vano, no como un mártir, aunque lo hiciera con convicción.

Colombia. ¿Qué significado tiene la muerte de un hombre en su vida política? Colombia es un país duro, en "vía de desarrollo" pero desarticulado y limitado. Tres cordilleras andinas lo elevan desde el Pacífico hasta sus nudos montañosos. Arriba, en las frías depresiones, el ambiente rural transcurre en medio de pequeños odios

y rencillas. En los valles a lo largo de los ríos Cauca y Magdalena, los cultivadores de café y los dueños de haciendas ganaderas viven también en medio de sus rencores. En las grandes ciudades, Bogotá, Medellín y Cali en el interior y Barranquilla en el Caribe, todos los tratos son sospechosos. La lluvia cae eternamente, o amenaza con caer, encerrando a la gente, dejando las calles desoladas y resplandecientes, haciendo más profundo el lodo en los campos, dejando al país tan gris como una película en blanco y negro. Por doquier el sentimiento es de soledad, de exclusión.

Colombia tiene una coherencia superficial. Durante 150 años, desde su independencia de España en 1819, una sola clase social ha regido allí. Los

* Por considerarla un modelo en el género de la reseña, incluimos aquí la primera reseña hecha sobre la vida y obra de Camilo Torres, que apareció en la *New York Review of Books* el 23 de octubre de 1969. Tiene el valor antológico de haber dado a conocer la vida y la obra de Camilo, con la correspondiente caricatura de David Levine, en los círculos intelectuales newyorkinos y norteamericanos, evaluando el conjunto de los títulos que a esa fecha, 1969, habían aparecido sobre él. (N. del E.). La traducción es de Luz Libia Rey Delgado, estudiante del posgrado en lingüística, Universidad Nacional de Colombia.

partidos liberal y conservador se han mantenido gracias a su capacidad para cooptar en sus filas a unos cuantos advenedizos, y excluir a los intransigentes. De las grandes familias han salido por tradición los jerarcas de la política, la religión y la economía del país. Maestros de la manipulación y de la coerción, conforman, tal vez, la oligarquía más perspicaz de la América Latina moderna. Pero lo permanente del control que ejerce dicha oligarquía en el país, agrava los conflictos. El peor obstáculo para un cambio lo constituyen la clave de esa dominación: los dos partidos tradicionales. Dentro de las grandes familias son los partidos los que han mantenido lazos de unión, un pacto entre caballeros liberales y conservadores, y un debate erudito en Bogotá. Sin embargo, hacia el pueblo, la gente del común, las familias liberales se identifican a sí mismas, a sus clientes, empleados, deudores e inquilinos como "rojos", y las grandes familias conservadoras, a su vez como "azules", y a este nivel los partidos contribuyeron a que se transformaran las rivalidades entre familias en enfrentamientos locales. Gracias a las grandes familias, la política todo lo invade, pero no por ello alivia el desamparo.

En las pocas ocasiones en que la oligarquía pierde el control, el país entra en agonía. En la última debacle comprendida entre 1948 y 1958, los partidos prácti-

camente se desintegraron y los colombianos se asesinaron unos a otros sumando probablemente una cifra de 180 mil muertos. La matanza empezó bajo el gobierno de un presidente conservador, con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, reconocido líder liberal de orígenes y convicciones populares. A raíz de su asesinato en Bogotá, en otras ciudades sus partidarios desencadenaron graves disturbios. Para reprimirlos los conservadores se organizaron en contra de todos los "rojos". En retaliación los liberales, en donde quiera que estaban aún al mando, hicieron lo propio contra los "azules". Los asesinatos se incrementaron después de 1950, cuando –en una elección viciada–, un conservador subió a la Presidencia.

Los colombianos terminaron por reconocer que a pesar de las motivaciones políticas que la desencadenaron, ésta no era una guerra civil ni una guerra de liberación nacional, y simplemente la llamaron "La Violencia". Los asesinatos eran por lo regular de carácter partidista, pero siempre guiados por el desenfreno, cometidos por pequeñas bandas, masacres sin estrategia y sin la dignidad de una lucha por una causa o por una defensa. Fue una insensatez en el sentido clásico de la palabra, un asunto privado, o mejor, miles y miles de asuntos privados; vecinos quemando las casas de sus vecinos y asesinando a sus familias; maníacos homicidas con-

virtiéndose en jefes locales; el gobierno enviando al ejército y a la policía a dispararle a los refugiados como si fueran apátridas.

En 1953, para rescatar al país, el general Gustavo Rojas Pinilla se tomó el poder y estableció una dictadura militar. Durante varios meses los asesinatos disminuyeron. Luego Rojas Pinilla se corrompió y los asesinatos reiniciaron con mayor fuerza. Sólo cuando la oligarquía recuperó el poder, depuesto Rojas y reinstalados los partidos en 1958, las matanzas disminuyeron. Simple terror y venganza, La Violencia nunca se tornó en revolución. La memoria que ha dejado es la del sufrimiento, pero no la del orgullo ni la del coraje.

Desde 1958, la oligarquía ha manejado con mano firme el "desarrollo" (término en boga) del país. Los jefes de los partidos conservador y liberal han cooperado en un Frente Nacional, un acuerdo al que llegaron los partidos y en el que hasta 1974 se turnarán la Presidencia cada cuatro años y se mantiene la estricta paridad en el desempeño de los cargos públicos. La economía en expansión, con un Instituto de Reforma Agraria y un impuesto de renta e ingresos fiscales que se incrementan de modo gradual la han convertido en "la vitrina de la Alianza para el Progreso", y a los ojos de la Agencia Internacional para el Desarrollo, AID, y el Fondo Monetario Internacional, FMI, con un incre-

mento de 6% en el Producto Nacional Bruto, PNB, demuestra ser solvente. Pero las dificultades persisten. La distribución del ingreso indica que tres cuartas partes de la población son pobres. La Violencia continúa en algunas zonas periféricas, y en algunos lugares se convierte en una lucha revolucionaria con liderazgo comunista. La oligarquía, sin embargo, permanece incólume y sólidamente asentada en el poder. El presidente Carlos Lleras Restrepo visitó Washington en junio, y es en estos años el único presidente latinoamericano que puede dejar tranquilamente su país para hacer un viaje a los Estados Unidos y regresar de forma desapercibida.

Éste es el país que dio a luz a Camilo Torres y en el que murió por tratar de cambiarlo.

Ante todo Camilo Torres fue un intelectual. Pero los privilegios que su país le diera lo confundieron y coartaron hasta el punto de que difícilmente pudo seguir su vocación. Nacido en Bogotá, en 1929, en una familia liberal acomodada, niño enfermizo, hijo menor de un reconocido pediatra bogotano y de una bella mujer perteneciente a una de las grandes familias, Camilo tuvo privilegios pero poco gusto por el aprendizaje. Asistió a los colegios preferidos por la élite bogotana: El Colegio Alemán, El Colegio Jesuita del Rosario, El Liceo Ricaurte y el Liceo Cervantes. Pero más que estudiar,

al joven le gustaba practicar deportes, investigar y escribir reportajes para el periódico estudiantil. Durante su último año en el colegio, sus padres le hicieron prometer que mejoraría sus notas, y de hecho al finalizar ese año obtuvo menciones. Luego en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, ya convertido en un joven atractivo, escribía de nuevo para los periódicos y parecía más feliz persiguiendo chicas que dedicado a sus libros; apenas permaneció un semestre.

Al año siguiente, 1948, terrible año para el país, con el asesinato de Gaitán, las revueltas, la represión, Camilo Torres entró en un proceso de reflexión. Pero más que La Violencia, lo que parecía atormentarlo eran las eternas quejas de su familia y el hecho de que su novia se hubiese ido al convento. De vacaciones en la extensa llanura colombiana, lejos de casa, decidió de que su vida es un absurdo. En el idealismo y egoísmo típicos de un joven de 19 años, reflexionó: "El gran problema: ¿Dónde y cómo podría ser yo más útil?" Pero los únicos usos que se le ocurrían para su vida eran profesiones lucrativas como médico, abogado, ingeniero, químico... Su respuesta final, "una solución definitiva y la más lógica": convertirse en religioso. Pero esto lo imaginaba en principio Camilo Torres como un retiro monacal, una vida de asceta. De nuevo en casa

casi escapa para unirse a los Dominicanos, pero su madre lo detuvo en la estación del ferrocarril y organizó su entrada al Seminario Arquidiocesano en Bogotá para tenerlo más cerca de casa y en los círculos apropiados.

Durante seis años, en la peor parte de La Violencia, el colapso de los partidos y el golpe militar, el joven Torres se preparó para recibir las órdenes sagradas. En el seminario, Camilo disfrutaba más del juego con sus compañeros que de los dogmas o del estudio de los cánones. "Ellos tuvieron que aguantarme", diría Camilo Torres más tarde refiriéndose a su época del seminario. Ordenado en 1954, comenzó su carrera sacramental no como un cura de pueblo, como Bernano en angustiosa búsqueda por salvar almas, sino como cualquier otro clérigo de primera en Bogotá, más guapo que nunca con su sotana negra. Sin una parroquia o una misión asignada, pasaba sus días en ceremonias elegantes. Según los chismes bogotanos, tenía reputación de seductor de monjas. A los 25 años, sólo era un ser interesante para su familia y sus amigos y para unas cuantas chicas de esa ciudad que lo vio nacer. Se necesitó un viaje a Europa para que sus verdaderos talentos salieran a flote.

En 1955, probablemente para deshacerse de él, el arzobispo de Bogotá lo envía a Bélgica a estudiar a la Universidad Católica de

Lovaina. Allí el joven cura se encuentra en otro país dividido y algo lúgubre, pero un país que lo liberaría; un país europeo típico donde los conflictos sociales no eran motivo de vergüenza como en América Latina, sino que eran un asunto de debate público, organizados y legítimos; un país donde las clases sociales se empeñaban en una lucha cotidiana sobre asuntos específicos, y en el que muchos católicos, porque la mayoría lo era, se consideraban a sí mismos socialistas; un país, en fin, en el que sus ciudadanos asumían lo que hay de humano en los conflictos. De nuevo en una universidad, pero libre ahora de pretensiones acartonadas y de la implacable culpa que sentía en casa, descubriendo un mundo abierto al intelecto, Camilo Torres decide de pensar.

Se concentró en la sociología, una especialidad destacada en la Universidad de Lovaina. Sus textos fueron los clásicos: Tönnies, Durkheim, Weber, T. H. Marshall, Parsons, MacIver. Pero aprendió de sus profesores algo más que los conceptos de "comunidad" y "sociedad" o de "estructura" y "función". Por ejemplo, de aquellos que se denominaban "pro-marxistas" (en particular, François Houtart) aprendió que los católicos deben conocer sus sociedades y deben tratar de reformarlas, que los curas deben ser sociólogos natos y organizadores de sus comunidades. Implícita en todas

sus lecciones estuvo la doctrina predominante en Lovaina desde la Segunda Guerra, el socialismo católico moderno del jesuita Roger Vekemans. Lo que Torres estaba aprendiendo era la nueva teología que florecería en el ecumenismo, cuyo mensaje urgente era el de la responsabilidad humana, un llamado en contra de la eterna excusa acerca de los límites humanos, una afirmación de la capacidad y responsabilidad del hombre. Lo esotérico que pudiera haber en la nueva teología no importó mucho a este ávido estudiante colombiano. Lo que le importaba era el mensaje que Dios se había revelado no para que el hombre dependiera de él, sino para que el hombre asumiera su responsabilidad. Camilo Torres tomó esto como un mandamiento de caridad.

Las exigencias de la sociología, la responsabilidad y la caridad estaban mezcladas en su cabeza. "El conocimiento científico no se puede concebir sino como servicio al hombre y a Dios..." escribió Torres para un seminario en la Universidad Nacional, dejando perplejos a sus antiguos profesores. De vacaciones en París, pasó un periodo con curas obreros, recogiendo basuras. Durante unas cortas vacaciones en Bogotá, dio una entrevista y dijo al periodista: "Nosotros (los hombres jóvenes cultos) no podemos permanecer impasibles frente a la miseria física y moral de la mayoría de la población".

Pero sus mejores esfuerzos fueron intelectuales. En 1958, se graduó de su maestría en Ciencia Política y Social de la Universidad de Lovaina. Su tesis, "Aproximación a la realidad socioeconómica de la ciudad de Bogotá" fue un buen trabajo académico. La disciplina que demostró al hacerla probaba que Camilo tenía ahora sus ímpetus bajo control.

Para completar su formación y tras una gira por Europa Oriental, Camilo Torres regresó a Lovaina y trabajó como vicerrector de un colegio especial para la capacitación y entrenamiento de curas latinoamericanos. También planeó su tesis doctoral y organizó a un grupo de estudiantes colombianos en Europa para estudiar los problemas de su país. Pero Colombia no le dejaría estar lejos de casa. Primero su madre vino a vivir con él y luego se propuso hacer su investigación sobre Colombia. En 1959, a los 30 años y convertido en un serio y ferviente intelectual, Camilo Torres regresa a casa.

Durante un tiempo, Colombia le permitió dar lo mejor de sí. Una vez derrocar al dictador militar, la oligarquía se realineó en el Frente Nacional; atenuada La Violencia, con reformas gubernamentales y un progreso claramente en marcha, el país podía soportar las críticas de los intelectuales. Con Juan XXIII en Roma y John F. Kennedy en Washington, las críticas podrían incluso de-

jar bien librados a los gobernantes. En todo caso, a comienzos de los sesenta Camilo Torres era como una estrella en ascenso. En la Universidad Nacional fue un capellán nato, carismático. Bajo auspicio oficial, él y otros jóvenes profesionales fundaron el Departamento de Sociología de la Universidad, el Programa Nacional para la Acción Comunal, y llevaron a cabo el primer Congreso de Sociología en Colombia. Destituido de la Capellanía pero nombrado decano de la Escuela Superior de Administración Pública, dio seminarios a altos funcionarios del Estado sobre cuestiones sociales, patrocinó cursos sobre reforma agraria para campesinos, y promovió cooperativas rurales. Mientras tanto enseñaba sociología y entrenaba organizadores comunitarios en la Universidad y en la administración pública. Por designación del arzobispo, accedió a un cargo en la junta ejecutiva del Instituto Colombiano para la Reforma Agraria. Y por sus propios medios organizó cooperativas en los barrios marginados de Bogotá, y a su vez condujo a profesionales y estudiantes a desarrollar proyectos en dichas zonas.

Comenzó a divulgar sus ideas sobre la ciencia social y el servicio social en múltiples entrevistas, conferencias y mesas redondas. Siempre ocupado, afable y sincero, el airoso padre Torres se convirtió pronto en

una celebridad: "El padre Camilo". Pero la verdad es que lo mejor de él seguía siendo su producción intelectual. Su mejor ensayo, "La violencia y los cambios socioculturales en el campesinado colombiano", estaba centrado en un argumento original y persuasivo acerca de que La Violencia había sido una revolución inadvertida, pues había sacado a los campesinos colombianos de sus antiguos prejuicios locales y los había conducido a un ámbito nacional. Lo claro del análisis probó las calidades de Torres como hombre independiente, lúcido y carismático. Pero Camilo Torres se había granjeado enemigos, y los más astutos de ellos temían la influencia que podía ejercer sobre sus alumnos y lo hicieron cambiar su carrera de la Universidad a la administración pública. Pero Camilo sentía cada vez más que como intelectual, podía incidir en el destino de su país.

Puede decirse que en 1964 Colombia había reclamado a Camilo Torres, y lo había sacado del trabajo que mejor desempeñaba. Nuevas emergencias lo preocupaban: una caída económica, un alza desaforada en los precios, el resurgimiento de La Violencia en varias zonas rurales ahora conformadas como "repúblicas independientes", además de una gran abstención en las elecciones para Congreso. Mientras más se preocupaba por el país, más aprendía sobre su organización. Al estilo de C. Wright Mills, anali-

zó la oligarquía como una "elite del poder", una pequeña clase organizada que dominaba a las vastas "clases populares" desorganizadas. Su principal obstáculo económico era a sus ojos la dependencia respecto de los norteamericanos, quienes, a diferencia de la retórica al uso, más que ayudarlo se beneficiaban de él.

Mientras más aprendía sobre el país, más se mostraba inconforme con él y más militante se volvía. "Si los 'líderes populares' convocaran a las 'clases populares' a un 'frente unido'", decía Camilo, a pesar de las objeciones de la oligarquía, "el grupo de presión de las mayorías" podría establecer "una verdadera democracia". Abiertamente hizo sus primeras declaraciones de corte fidelista a la prensa acerca del imperialismo yanqui. En Lovaina, en la Segunda Conferencia Internacional por la Vida en el Mundo, presentó un trabajo sobre "la revolución, como imperativo cristiano", profesando cambios radicales, ya sea pacíficos o violentos, y justificando la alianza con los marxistas.

Mientras más militante se volvía, más lo impulsaba el propio país a la lucha política y a la búsqueda del poder, para el cual, en verdad, no tenía talento alguno. En febrero de 1965, cuando surge una nueva emergencia económica y la crisis política consiguiente, Camilo diseña un programa nacional para una reforma radical, una plata-

forma política. En marzo fue de gira por diferentes ciudades en busca de respaldo. Finalmente se vio impulsado a la política nacional, donde evidentemente muchos lo querían, pero donde estaba perdido.

La carrera política de Camilo Torres duró apenas cinco meses. Empezó en medio de una gran confusión que él mismo ayudó a crear. El 22 de mayo de 1965, habiendo pedido de antemano al arzobispo tanto su degradación al estatus de laico (para servir a la Iglesia y al país de forma más efectiva), como un permiso para regresar a Lovaina (para proseguir con sus estudios de doctorado), presentó la plataforma del Frente Unido del Pueblo Colombiano. Esta plataforma repetía la ya familiar convocatoria de la izquierda latinoamericana, a todos los ciudadanos en todos los bandos (excepto los "partidos tradicionales") a unirse a las campañas a favor de la reforma agraria y urbana, del impuesto de renta progresivo, la nacionalización de servicios básicos y de exploración explotación de las riquezas del subsuelo, etc.

Era inevitable el conflicto con los jerarcas políticos y religiosos, quienes lo condenaban por mezclar la política con la religión. Su arzobispo lo hizo destituir de sus cargos en la Universidad y en la administración pública. En junio, las denuncias oficiales se hicieron más notorias y lo forzaron a organizar su

Frente Unido. De nuevo solicitó su estatus de laico y el arzobispo se lo concedió. Sin sotana, y vestido simplemente como "Camilo", en pantalones y camiseta deportiva, hastiado del análisis intelectual y adoptando un nuevo tono acerca de "la toma del poder", pudo hacer política como un hombre común. Pero no pudo decidirse por una estrategia. Consideraba a la vez que la oligarquía era decadente y omnipotente, y sostenía, alternativamente, que un movimiento popular podía llegar a formarse dentro del orden establecido o que no lo podría hacer. Torres se oscilaba de manera irreflexiva entre la acción por vía legal o ilegal.

En julio ganó el apoyo de algunos liberales de extrema izquierda, unos cuantos curas disidentes, y sectas como las de los demócratas cristianos, los simpatizantes de Fidel Castro, los maoístas, todos actuando todavía dentro de la ley, todos públicamente orientados hacia la gran "convención popular" que se reuniría cinco meses más tarde. Pero a la vez hizo contactos con guerrilleros que estaban fuera de la ley, argumentando que su "trabajo legal" terminaría en "dos o tres meses".

En agosto y comienzos de septiembre, se hacía patente el apoyo popular en las grandes ciudades. En discursos, y por medio del semanario radical *Frente Unido*, urgió a sus seguidores a formar comités locales para

la Revolución... "para conseguir que el gobierno aliamente a los hambrientos (y) vista a los desnudos...".

De repente Camilo Torres se convirtió en el líder popular más inspirador, de más arrastre, desde Gaitán. Mientras su *Frente Unido*, se convertía en un movimiento importante, conformado por un grupo apasionado de estudiantes, obreros, soñadores y revolucionarios, Camilo Torres trató de organizarlo como un partido nacional. Pero, como lo explicaría públicamente, su movimiento tenía un objetivo poco usual, que no era el de competir en las elecciones de la oligarquía, sino tomar el control en el momento en que la oligarquía fallara.

También empezó a publicar una serie de manifiestos incisivos, "mensajes", como él los llamaba, dirigidos a obreros, campesinos, mujeres, estudiantes, soldados, entre otros. Allí estaba el intelectual, intuyendo las esperanzas populares y las ansiedades y temores que conocía a través de sus investigaciones, reafirmándole a la gente que los sintió en carne propia, e insistiendo que el Frente Unido los aliviaría. Vistos de modo retrospectivo esos "mensajes" eran una propaganda impresionante, a menudo tan buena como la de Perón o del mismo Fidel, en realidad mucho mejores que el promedio de los sermones radicales. Ellos mostraban a un Camilo que con el tiempo se podía convertir en el mayor teórico de la izquierda

latinoamericana. Pero a sus amigos confesaba orgullosamente: "Soy un guerrillero en la ciudad en una misión".

A finales de septiembre, los demócratas cristianos le retiraron su apoyo, temiendo la disolución en un grupo mayor, y los comunistas se enfrascaron en sempiternas discusiones. Ya sin respaldo, Torres no podría mantener el firme apoyo popular. Quizá la mayoría de su gente temía a la violencia, ya que, a diferencia de él, ellos sí la habían vivido.

A mediados de octubre, el Frente Unido fracasó, debido a una confusión que el mismo Camilo contribuyó a agravar. Su oficina principal permaneció abierta, el semanario radical continuó y los "mensajes" siguieron apareciendo, pero Camilo se esfumó, acosado y desconsolado, convencido ya de que entre más difícil fuera hacer la revolución, ésta llegaría más pronto... Poco después llegarían noticias de que se había unido a la guerrilla.

La carrera revolucionaria de Torres duró apenas cuatro meses. El grupo guerrillero al que se había unido, el Ejército de Liberación Nacional, ELN, era una de las dos organizaciones guerrilleras comunistas en Colombia. Sus bases estaban a unos 250 kilómetros al norte de Bogotá. Las de la otra guerrilla, otros tantos hacia el suroeste. El ELN tenía una organización más fresca y definida que la del otro grupo. Sus tácticas también eran más vistosas. Los

escuadrones móviles del ELN maniobraban agresivamente atacando al ejército y a la policía, mientras que la otra guerrilla, convertida en milicia, en grupos de autodefensa, escasamente defendía el territorio de sus "pequeñas repúblicas".

Para Camilo Torres era más importante el liderazgo del ELN, organización a la vez nacionalista y comunista, integrada por jóvenes con formación universitaria y que seguían el modelo de la revolución cubana. El otro liderazgo era viejo, crudo y moscovita. En el ELN el ímpetu humano, la emotividad parecían ser más importantes que la ideología; es por esta razón que un católico podía encajarse sin tener que renunciar a sus creencias.

En los campos secretos del ELN, Camilo Torres recibió un breve entrenamiento como guerrillero. Dejó crecer su cabello y su barba al estilo fidelista. El 7 de enero de 1966, en volantes que circularon en Bogotá, formalmente anunció su entrada al ELN. Los guerrilleros, declaró, luchaban por los mismos ideales que el Frente Unido. "Cada verdadero revolucionario debe reconocer la vía armada como la única salida... Ha llegado el momento... Militantes del Frente Unido: Pongamos nuestros lemas en práctica. ¡Liberación o muerte!" El anuncio sorprendió a la clase política, pero no produjo una revuelta popular. El 15 de febrero, repeliendo una emboscada en la

zona del ELN, una patrulla del ejército mató cinco guerrilleros. Uno de ellos era Camilo Torres. El ejército lo sepultó, pero no informó dónde, y su tumba se ha mantenido en secreto. En algunas ciudades hubo protestas estudiantiles.

Desde su muerte el "cura guerrillero" se ha convertido en una figura internacional, no de la talla del Che; algo menor, pero sí de su perfil. En Cuba, Fidel ha dado su nombre a una escuela. Aquí, en Norteamérica al igual que en Francia, Bélgica, España y Latinoamérica (incluyendo Cuba) pensamos que es muy importante la forma como él vivió y murió, y nos preocupamos acerca de los interrogantes implícitos en su carrera. ¿Cómo puede existir política después de la visión del Apocalipsis? ¿El apartarse de un régimen supone el desconocimiento de su poder? ¿Es el radical empleo de la violencia un compromiso o un escape, o un puente entre los dos? ¿Pueden los católicos honestos y los comunistas ver la misma realidad, como Fidel decía, exaltando a Camilo Torres, y sería esto suficiente para unirse en una revolución continental? ¿Puede el socialismo católico crecer donde los jerarcas de la Iglesia no lo desean? ¿Y en qué se convertiría sin su aprobación? ¿Existe una teoría católica particular sobre la revolución, que supere la doctrina defensiva de una guerra justa y la doctrina ofensiva de una guerra san-

ta? Pronto, alguien podrá escribir un buen libro sobre la Iglesia y las revoluciones modernas, con un capítulo acerca de Torres, poniendo nuestras preocupaciones en perspectiva.

La literatura acerca de Torres aparece difusa y repetitiva, la mayoría en artículos de periódicos católicos e izquierdistas. Dos nuevos libros en inglés añaden muy poco a nuestro conocimiento. Los dos son traducciones de versiones idealizadas colombianas acerca de Camilo Torres. El Camilo Torres de Germán Guzmán es tortuoso leerlo, un ejercicio obsesivo de hagiografía, increíblemente tergiversado e inútil excepto por algunos documentos del archivo personal de Torres (y por otra parte la traducción es demasiado mala). Camilo Torres, su vida y su mensaje, de John Álvarez García es ligeramente mejor –con un empalagoso prólogo de Dorothy Day en donde por cierto confunde a Colombia con Guatemala–, una introducción del traductor acerca de Colombia y 16 manifiestos de Torres (la traducción es mejor, pero con algunos errores).

Sin embargo, ahora podemos estudiar seriamente al hombre, gracias a los dos buenos volúmenes CIDOC del Centro Intercultural de Documentación de Iván Illich en Cuernavaca. *Camilo Torres* es una selección de sus principales escritos y pronunciamientos. *Colombia – Camilo Torres*

es una bibliografía extensa que cita material de yacerca de Torres en periódicos, revistas y libros. Esos volúmenes son una incalculable ayuda para la "Torresología". La dificultad radica en que las ediciones del CIDOC sólo están disponibles si se escriben directamente a Cuernavaca, y la bibliografía es únicamente para suscriptores.

Pero el significado de la muerte de Camilo Torres radica en las diferencias que haya podido producir en el país donde ocurrió, y no la reflexión que haríamos en Nueva York, París o Ciudad de México. Y Colombia parece haberla asimilado. Causó conmoción y estupor inicialmente, al punto que los amigos intelectuales de Torres no parecían soportar su muerte. Cuando Germán Guzmán, un cura y sociólogo como Torres, colega suyo por cinco años trató de "interpretarlo", su nerviosa retórica reveló su incapacidad ocasionada por el duelo. Otros lamentaron que un camarada tan joven e inteligente y procedente de respetable familia hubiese muerto a esa edad. También la oligarquía tuvo sentimientos agudos de pena por el hijo que habían perdido. Pero pronto el país lo superó; por ahora lo ha asimilado, para unos como un héroe muerto, para otros como un muerto, impertinente y que había perdido la cabeza; de cualquier forma las condiciones no parecen haber cambiado. La

inutilidad del esfuerzo de Camilo Torres se hizo evidente durante la visita del Papa Pablo a Colombia, hace un año. Cuando el Papa repitió ante una multitud de conmovidos aparceros y jornaleros agrícolas el lema de la reforma agraria: "La tierra pertenece a quien la trabaja", un furioso propietario en la multitud se atrevió a gritar: "¿Y una mujer pertenece a quien la perjudique?".

En Colombia, todavía, entre más informada e interesada esté una persona de lo que ocurre en su país, más consciente se hace de que vive una mentira, o más subversiva se vuelve. La primera tendencia es la que prevalece; la segunda, recuerda la compulsión que Torres describió en sí mismo, porque era un colombiano, un sociólogo, un cristiano y un cura, Torres decía que no podía evitar convertirse en un revolucionario. Al final, para aquellos que van más allá, la opción sigue siendo todavía el suicidio físico o moral.

Las clases educadas y patrióticas aguzan el suplicio de las almas que no tienen cura. La gente del común continúa avivando sus propios tormentos. Todo esto va más allá de la pasión y la depresión. Todo lo que podemos decir acertadamente de nosotros es que nuestro país también está llevando a hombres pensadores a engañarlo o a conspirar en su contra.